

CÉSAR AIRA

Propagandista del olvido

PEDRO PABLO GUERRERO

"Autor de culto" repiten, con su originalidad habitual, las contrapistas de las grandes editoriales. Como intentando explicar por qué recién ahora deciden acogerlo en sus colecciones estelares, después de años sin reparar en él. "De culto". La expresión disculpa omisiones y transfiere a un lector impredecible, caprichoso, sin duda *freud*, la responsabilidad de que el autor no sea más popular de lo que se merece. Objeto de una adoración clandestina, minoritaria.

Lo cierto es que, rehuyendo géneros, ismos y modas, la obra de César Aira (Coronel Pringles, Buenos Aires, 1949) desconcierta a la crítica, se burla de las convenciones, fuerza al límite la verosimilitud literaria y ridiculiza las malladas certezas de la narrativa realista. "Iconoclasta" es un buen término a falta de otro más preciso para situar a este entusiasta lector de Raymond Roussel, otro (ex) autor de culto, que a través de imaginativos procedimientos de combinatoria lingüística intentó liberar a la literatura de la psicología.

"Con eso sacó lo peor del artista —señala Aira—: sus mezquinas cuestiones personales. No tréas que ponerte a bucear en los recuerdos infantiles, en sus deseos, en su historia familiar. Todas las cosas en que los escritores siempre estamos buscando temas. Teóricamente, esto

"He cambiado el concepto de inspiración por el de improvisación, un arte que debería enseñarse".

permitiría que la literatura se hiciera sola. Sólo así se cumpliría la famosa promesa de Lautréamont: la poesía debe ser hecha por todos".

Este viejo sueño de la vanguardia no implica que Aira niegue la validez del realismo. "Estará agotado un cierto realismo, las viejas formas de hacerlo, pero el realismo, al igual que la realidad, es una cosa en constante transformación", precisa.

En sus libros se advierte

Viene a Chile uno de los narradores más desconcertantes e incorrectos del momento. «Varamo» (Anagrama), «Cumpleaños» (Mondadori) y «Un sueño realizado» (Alfaguara) son sus libros más recientes.

una tendencia creciente hacia la desmesura y el absurdo. Si en *Cómo me hice monja* (1993) el título no tenía nada que ver con el argumento de la novela, en *El congreso de literatura* (1999) un científico provoca una invasión de gusanos gigantes cuando intenta clonar a Carlos Fuentes, mientras que en *Un sueño realizado* (2001) una pareja de amantes se pega los pies, como si nada, después que se los corta un ventilador.

"Es una deriva necesaria. Una vez que se ha empezado, tenés que seguir doblando la apuesta. No sé dónde voy a ir a parar", admite.

—¿Experimenta para ver hasta qué punto el lector es capaz de creer en la ficción?

"Sí. En mis lecturas surrealistas he visto cómo se puede caer todo cuando todo vale. Hay que mantener la vieja estructura para no romper el verosímil literario. Siempre tengo presentes a los grandes realistas. Pero dentro de esas estructuras, no puedo evitar los disparates, esas ideas tan lindas que se me ocurren a veces mezclando las nubes y que después me da pena no utilizar. En el relato toman sentido y dan sentido a lo demás. Es una de las magias de la literatura".

Hiperquinético, divertido y siempre sorprendente, el autor explica su inventiva en términos casi jazzísticos:

"He cambiado el concepto de inspiración por el de improvisación, un arte que debería enseñarse desde la escuela. Improvisar es adaptarse instantáneamente a la realidad del momento. En ella está la clave de la felicidad. Todos nuestros fracasos, nuestras fallas y nuestras desdichas vienen de no saber hacerlo".

Con más de treinta títulos publicados, Aira practica lo que llama una vertiginosa "huida hacia adelante" que se reproduce a nivel de cada libro.

"La mía es una obra en proceso. El modo en que yo escribo también. Prefiero no corregir, no volver atrás. Si



DIALOGO.— Invitado por la Universidad Diego Portales, el autor estará en la Facultad de Periodismo (Virgenes 260), el martes 25 de junio.

una escena me sale mal, trato de justificarla con la siguiente. Todos mis libros me han dejado insatisfecho por un motivo u otro. Siempre estoy pensando que el próximo va a justificar alguno anterior."

En un plano cultural, el autor argentino tampoco mira atrás. Preocupado, advierte una nostalgia generacional, atribuible al desencanto que sobrevino tras décadas de mirar esperanzadamente hacia el futuro:

"Nuestra civilización está vuelta hacia el pasado. Creo que hay una sobrevaloración de la memoria. Todos los movimientos del pensamiento social intentan recuperar algo: la historia, la ciudad, la naturaleza. La ecología misma está empeñada en recuperar un edén perdido. Lo peor es que se trata de una trampa peligrosa. Si pensás en contra, quedás mal. Si yo digo: 'hay que olvidar', me van a decir: '¡hay que olvidar también los crímenes de

las dictaduras!'. Todo nuestro discurso social está inclinado hacia el totalitarismo de lo correcto. Pensar en contra te convierte en un monstruo o un estúpido. Yo predico en el desierto. Definitivamente, soy un propagandista del olvido".

En las novelas de Aira es común hallar un personaje solitario, incomprendido, que combina los atributos del escritor y del científico: el Sabio Loco.

"Me encanta esa figura tomada de los dibujos animados y los viejos folletines, que ya estaba en Julio Verne. El sabio loco no era del todo demente, pero tenía una especie de omnipotencia gracias al saber. Su finalidad última era dominar el mundo. Esta figura un poco ridícula es, caricaturizada, la figura del artista, que está haciendo sus experimentos en el sótano para dominar el mundo. En su caso, la realidad. Todo el trabajo del arte es un intento de hacer las

paces con esa cosa incontrolable y amenazante. Por lo menos para los que hemos vivido siempre atemorizados ante ella, el arte es la ciencia de la realidad".

Nacido en un siglo que vio surgir el poder omnipotente de la cultura de masas, se reconoce "inevitablemente" un deudor suyo, pero cada vez más apocalíptico.

"Me he vuelto un militante en contra de la cultura popular. Descubí que la alta cultura es el último refugio que le va quedando a la libertad individual. La cultura popular, la televisión, la música masiva, como tantas cosas de nuestra civilización, van en una insidiosa pendiente hacia lo obligatorio".

Desde el punto de vista literario, César Aira plantea su vinculación con la alta cultura en términos de una reelaboración a escala.

"Mi trabajo es una espe-

"Todo el trabajo del arte es un intento de hacer las paces con esa cosa amenazante que es la realidad".

cie de maqueta que reproduce los grandes sistemas de los clásicos: Shakespeare, Balzac, Cervantes. Un libro mío sería como un modelo de juguete comparado con el auto original. Un Porsche de cinco centímetros, mal hecho y que no anda. Pero ese mismo tamaño te permite cierta liviandad".

—¿No suena también a inseguridad creativa?

"Totalmente. Por eso he necesitado tanto los elogios. Los busco para tranquilizarme momentáneamente. Después pienso que los críticos se han equivocado y que lo mío no vale nada. He vivido con esa sensación. No sé si es complejo de inferioridad o inseguridad, aunque a veces parece falsa modestia. En Argentina hay una tendencia, creo que más que en cualquier otro país latinoamericano, a la teorización y la intelectualización excesivas. Es mi caso. Agradecería tener más poesía, más salvajismo, más vida. ¿Quién no quiere?".

Propagandista del olvido [artículo] Pedro Pablo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Propagandista del olvido [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile